

## Humor católico y malas pulgas

Por Manuel Hidalgo

El Mundo | 2007

Evelyn Waugh quiso matarse en griego y se murió en latín. Todo un detalle para un hombre tan culto. Me explico. El primer y único tomo de su autobiografía, *Una educación incompleta* (Libros del Asteroide), termina con la descripción de su intento de suicidio a los 22 años. Se desnudó en una playa y, junto a su ropa, dejó escrita una nota con una cita de Eurípides en rigurosos caracteres griegos, que viene a decir que el mar lava todos los males del ser humano. Hecho esto, el joven Evelyn se adentró en pelotas en las aguas con intención de desaparecer del mapa, pero con tan mala fortuna que fue picado por dos sucesivas e imprevistas medusas -tan de moda hoy-, de manera que, escocado y dolorido, volvió a escape a la arena y dejó su enfática inmólación para mejor ocasión. «Entonces subí la cuesta empinada que conducía hacia los años venideros», concluye. O sea, se hizo un hombre.

El 10 de abril de 1966, a los 63 años de edad, Evelyn Waugh murió de un infarto y, según su deseo, su funeral se ofició en latín. Anglicano de cuna, Evelyn llevaba media vida convertido al catolicismo, cada vez más integrista, y ya les había acudido unos mandobles al santo Papa Juan XXIII y al teólogo Hans Küng por introducir el protestantismo en la Iglesia católica.

Waugh, que tan interesado por la gracia divina se manifestó en su excepcional novela *Retorno a Brideshead* (1945) -fuente de una maravillosa y añorada serie televisiva y comienzo virtual de varias adaptaciones de sus obras al cine que tanto le influyó-, goza del aprecio general, pese a sus dotes de carcamal político-religioso, en virtud de su enorme gracia digamos que humana. De su humor brillante, eficaz y demoledor que, en buena medida, aplicó a satirizar a la decadente burguesía aristocrática británica -a las que, contradictorio como era, también amaba y frecuentaba- y a todo lo que se movía, desde los periodistas de *¡Noticia bomba!* (1938) -fue periodista destacado del *Daily Mail* y otros- a los sofisticados muertos que la posmodernidad funeraria de *Los seres queridos* (1948).

Hijo de un crítico literario y editor que vivía de los derechos de Charles Dickens y hermano de Alec, un novelista menos notorio que él, Evelyn estudió en Oxford con discutible aprovechamiento, ya que el cachondeo y el oportuno terminaron por arruinar sus prometedores inicios como alumno de Historia y Arte. «Pereza, disolución y derroche» son las palabras con las que resumió su paso por la docta institución, aunque también estudió lo suyo, si bien desde el principio consideró que Oxford era «un lugar que valía la pena habitar y disfrutar por sí mismo, no por ser una preparación de cara a otra cosa». Razón debía de tener, pues se puso a continuación a trabajar de maestro y lo despidieron. Entonces, se hizo novelista, y su primera novela, *Decadencia y caída* (1928) -superado su fallido suicidio entre las olas-, le hizo célebre y apreciado a los 25 años.

Sin embargo, Evelyn metió la pata ese mismo año casándose con Evelyn -el nombre vale para los dos sexos- Gardner, una pipirola aristócrata que huía de su madre. La chica lo dejó por otro al escaso año y pico de matrimonio, y Waugh, como es natural, se llevó un disgusto tremendo.

Mucho se ha especulado sobre si la conversión del escritor al catolicismo, en 1930, tuvo que ver con ese trauma. Evelyn, en *Una educación incompleta*, evoca solamente -repassando sus diarios-

su precedente etapa atea, si bien habla de la familia Plunket-Green, que fue la que le puso en contacto con un jesuita, el padre D'Arcy, que le llevó al huerto del catolicismo. El tal jesuita siempre dijo que el desengaño amoroso de Evelyn no tuvo que ver con su conversión.

Waugh consiguió de chiripa la nulidad de su primer matrimonio y se casó en 1937 con la jovencatólica Laura Herbert, que le dio siete hijos y le puso de mejor humor durante una temporada relativamente larga, lo cual no fue obstáculo para que Evelyn -gran viajero y escritor de viajes- se alistara en el ejército para participar, ya talludito, en la II Guerra Mundial -simpatizó con los italianos en su locura abisinia y odió a Tito por perseguir a los croatas católicos- y andar por ahí dando saltos.

Todo indica que sus misiones guerreras, unidas a los cambios de rumbo en el mundo, no le sentaron del todo bien a Evelyn Waugh, que, en consecuencia, y además de escribir su excelente Trilogía de las aramas, cada vez tuvo peor vino -no se conformaba, al igual que su amigo Graham Greene, con un saludable vasito al día- y, con perdon, peor leche. Su reaccionarismo creció en proporción directa a su mala idea. O viceversa. Pero nadie discute no ya sólo su desternillante humor vitriólico, sino la belleza expresiva y la hondura intelectual de, por así decirlo, sus obras más serias, entre las que es preciso citar su biografía del pintor y poeta prerrafaelita Dante Gabriel Rossetti, escrita al comienzo de su carrera.

Una educación incompleta lleva un prólogo del escritor Miguel Sánchez-Ostiz que, aunque conoce muy bien, simpatiza y se identifica con su humor, no tiene inconveniente en dejarlo en el sitio (su sitio) con varios calificativos escasamente amistosos (en principio): manirroto, caprichoso, contradictorio, enfermo, patán, histrión, colérico, agresivo, insatisfecho, glotón, racista, misántropo, esnob, arribista y por ahí más o menos. Sánchez-Ostiz arremete especialmente contra los libros de viajes de Waugh: «Las iglesias y los burdeles fueron dos hitos obligados de los viajes de aquel aplicado biógrafo de santos», dice, aludiendo quizás a la biografía novelada que Waugh escribió sobre Helena, la santa madre del emperador Constantino.

Evelyn Waugh escribió Una educación incompleta unos meses antes del patatús que lo llevó a la tumba. No tuvo, por tanto, continuación, de modo que, hasta el día del no consumado suicidio playero, el libro se centra en las peripecias familiares y amistosas del niño, del adolescente y del inmaduro joven que llegó a estudiante de Oxford y a profesor en Gales y alcanzó a disfrutar de la compañía de algunas celebridades posteriores. Yo ya digo, divina o no, Evelyn Waugh tenía mucha gracia.